

## Adiós Sabela

Padre se había levantado muy temprano esa mañana, y cuando terminamos de desayunar, nos dijo a mi hermano Manuel y a mí, que íbamos a salir con él a pescar.

Casi no nos lo podíamos creer, empezamos a saltar y reír emocionados, rápidamente fuimos a decirle a madre que necesitábamos nuestras botas de goma.

Minutos después, salíamos agarrados de su mano, hacia la vieja barca que llevaba el nombre de la abuela, la “Sabela”, que a pesar de sus años continuaba esperándonos luminosa bajo el cálido sol de ese mayo en el que yo cumpliría mis ocho años.

Brillaba el rubio cobrizo de los cabellos de mi hermano, tan serio, tan parecido a padre, tan protector como él; me sentía segura entre ellos.

Subimos a la barca, padre comenzó a remar mientras yo me encargaba de la aguada, nos alejamos de la orilla despacio, disfrutando de la soledad de la mañana, de la mar en calma, del silencio amoroso en familia.

Detuvieron la Sabela a medio camino de Curuxa, lanzaron la caña con fuerza; seguramente llevaríamos alguna dorada para la cena.

Con los ojos cerrados, me dejaba acariciar por la brisa, a pesar de que madre siempre me decía que protegiera mi cara del sol, para que no se multiplicaran mis pecas.

Por fin picaron; entre risas, los dos tiraban al unísono, hasta que en un instante padre con un gesto de dolor soltó la caña y cayó al agua..

Manuel comenzó a gritar llamándole, a la vez que se lanzó para buscarle.

Yo me eche a llorar. No sabía qué hacer. Sujetaba un remo intentando acercárselo a padre inútilmente, dentro de mi pecho un calor inmenso iba invadiéndolo todo, subía por mi garganta y me asfixiaba y las lágrimas brotaban sin darme cuenta

Padre braceaba torpemente, no sabía nadar, Manuel intentaba mantenerle a flote, y por momentos se hundían los dos, cada instante que permanecían bajo el agua temía que no volvieran a salir, veía a mi hermano agotado, haciendo enormes esfuerzos por acercarse a la barca, padre se fue escurriendo del brazo de Manuel, que le mantenía aferrado por la camisa, pero finalmente se hundió.

La barca se balanceaba peligrosamente.

No sé cuánto tiempo pasó, solo, que en algún momento, Manuel dijo que regresábamos al pueblo.

No podía creer que nos fuéramos sin él, dejándole allí.

Remamos todo lo deprisa que podíamos, apenas llegar a la orilla saltamos a tierra, y entre sollozos y gritos alertamos a madre y algunos vecinos.

Avisaron a los guardacostas, salieron patrullas a buscarle con las barcas.

Rastrearón la zona hasta caer la noche, y el reflejo de los faroles iluminaba la superficie marina, plateada, fría y bella, indiferente a nuestra zozobra.

Los hombres, volvían cabizbajos, derrotados, con resignación y rabia contenida

Padre nunca volvió.

Madre dijo que no podía seguir en el pueblo, vendió todo, la huerta, las gallinas, la casa, pero no quiso vender la barca, que durante años, permaneció varada esperando mi regreso.

